

valió á su autor un aumento de amor popular y un destierro.

Calorme habia sugerido al rey reunir una asamblea de notables, para que éstos acordasen el medio de cubrir el déficit, y en el discurso de apertura se hallaban las especies que alarmaron á Necker, y se indicaba que el modo mas propio para cubrir lo que faltaba, era destruir los abusos. Como la asamblea se componía de las personas que por su misma notabilidad eran mas interesadas en estos, Calorme se arrojó el disgusto de casi todos los que se hallaban en ella, y esto le obligó al fin á dar su dimision.

El arzobispo de Tolosa, que despues de algunos otros habia sucedido á Calorme, se vió obligado á adoptar muchos de los planes de éste, y pretendió hacer registrar por el parlamento algunos edictos de hacienda; pero este pidió, antes de hacerlo, que se le justificase la necesidad de los subsidios, manifestándole el estado de la hacienda pública; la corte se negó á esto, y entonces el parlamento declaró que solo los estados generales eran jueces competentes en la materia. La lucha continuó entre el rey y los parlamentos, y finalmente se concertó un plan para la supresion de muchas facultades de estos, y sustituirles un congreso compuesto de la mas alta nobleza, con toda la autoridad de las asambleas plenas del tiempo de Carlo-Magno, y se dictaban otras medidas que reducian á los parlamentos á meros tribunales de justicia.

Aunque se procuraba con el mayor empeño que hasta estas providencias estuviesen secretas hasta el momento de ponerlas en práctica, llegaron sin embargo á noticia de los parlamentarios, y éstos hicieron una protesta que contenia entre otras cosas, que entre las leyes fundamentales de la monarquía, estaba la que conferia á los ciudadanos el derecho de autorizar los impuestos, á cada ciudadano su propiedad y su libertad personal, y á la magistratura su inmutabilidad; y que si ésta, subyugada por la fuerza no podia defender estos principios, encomendaba su defensa al rey, á los principes, á los pares, á los estados legítimamente reunidos, y finalmente á cada uno de los ciudadanos.

La corte se agravó por este hecho, y mandó prender á dos miembros del parlamento, á quienes se creian los principales autores de esto, y uno de los cuales habia descubierto los proyectos de la corte; pero ellos que lo supieron á tiempo, no esperaron en sus casas, sino en el salon de sesiones del parlamento, donde se habian reunido otros varios miembros. El 5 de Mayo en medio de la noche un fuerte destacamento del regimen de guardias, atravesó á Paris al toque de los tambores. Se presen-

taron en el palacio del parlamento, y el gefe al entrar en el salon, y no conociendo á los que iba á prender, preguntó por ellos: todos respondieron que cada uno era el que se buscaba; pero los verdaderos solicitados, para no comprometer mas á sus compañeros se presentaron por sí mismos: el gefe militar les condujo y previno á los demas que se disolviesen: los magistrados desfilaron por entre los soldados, entre los aplausos del pueblo, á quien el ruido del tambor en una hora tan desusada habia reunido.

El 8 de Mayo el rey hizo registrar los edictos, cuyo descubrimiento habia dado ocasion á esta ocurrencia, y se tuvo la primera cámara esta; pero ella fué solo un fantasma que desapareció prontamente. El parlamento hizo contra todos estos actos sus protestas y representaciones de estilo. La opinion pública se pronunció fuertemente contra el ministerio, y el arzobispo de Tolosa habiendo obtenido ya un cardenato, y viéndose cada dia mas impopular, hizo su dimision, y se dice que el mismo aconsejó al rey llamase á Necker. Este volvió al ministerio.

Los parisienses se entregaron á una alegría immoderada: muchos jóvenes, la mayor parte empleados, se reunieron en una plaza, donde quemaron la estatua del cardenal, y obligaban á todos los que pasaban á saludar la de Enrique IV. Todo esto sin embargo se hacia con recojido; mas el pueblo procedió de otro modo: marchó á saquear é incendiar la casa donde vivia el hermano del ex-ministro, y los soldados que acudieron á conservar el orden, no lo consiguieron sin que resultasen algunos muertos: entonces el furor del populacho se dirigió al comandante, á cuya casa fueron á cometer los mismos excesos; allí la tropa obtuvo nuevo triunfo, pero con mayor número de desgracias aun, y se entabló un procedimiento judicial, en que los gefes militares no tenian buena causa. La corte suspendió aquel, y dió al gefe un empleo fuera de Paris. Aquí se comenzó la serie de desastres de la revolucion.

El crédito de Necker le hizo obtener prontos recursos, mientras la convocacion de los estados generales; al fin se dió el edicto para ella, que el parlamento registró con la fórmula de que se reunieran segun la forma observada por los estados de 1614. Se habian reconocido entonces tres órdenes, el clero, la nobleza, y el tercer estado, y cada uno tenia un número igual de diputados. En el edificio de la asamblea habia un salon comun, y ademas cada orden tenia el suyo, donde se reunia separadamente y mandaba diputaciones á los otros, para discutir las materias que se trataban, especialmente los impuestos. Cuando cada orden ha-

bia tomado su resolusion, se reunian en la sala comun, y se sancionaba lo que convenian dos de los órdenes, votando así en sus salas particulares por personas, y en la comun por órdenes.

Esta forma era favorable á los privilegiados, pues que teniendo interes en la conservacion de los privilegios los dos órdenes primeros, se unian para sostenerlos; pero no convenia al ministerio que habia vuelto á sus planes de reforma y de estincion de abusos. Así, pues, procuró propagar la idea de que se votase por personas, y que se diese al tercer estado una representacion doble de la de cada uno de los otros dos. Al fin despues de mucha agitacion se mandó reunir la asamblea compuesta de 1000 miembros, 500 del tercer estado, y los otros 500 de la nobleza y del clero.

Mientras el pueblo se agitaba con estas medidas legislativas, se verificó el segundo desastre de la revolucion. Un manufacturero llamado Reveillon se habia hecho el blanco del furor popular, por atribuírsele mal trato á sus operarios y palabras duras relativas á estos. El populacho asaltó su casa, la saqueó, rompió todos los muebles é instrumentos, y amontonándolos en la calle hizo con ellos una hoguera. Al dia siguiente, algunos papeles dijeron que la corte misma era el autor de estas violencias, para tener en ellas un pretexto con que llamar un ejército á Paris, y con él intimidar á la asamblea. Otros las atribuian al duque de Orleans, enemigo declarado de la corte.

El 5 de Mayo se abrieron los estados por una procesion solemne: no se permitió á los órdenes reunirse en ellas; así es que despues de la nobleza y del clero, ostentosamente adornados con las insignias de sus dignidades, se reian los 500 diputados del tercer estado, modestamente vestidos de lana negra; pero que su número y su popularidad, formaban la verdadera autoridad de la asamblea. El rey pronunció un discurso de apertura lleno de sensibilidad, que fué muy aplaudido; pero no sucedió lo mismo con los de los ministros. Cada orden tenia su cámara separada; pero el tercero, despues del discurso, se quedó en la cámara comun, circunstancia leve, pero que le daba las apariencias de recibir y despedir á los otros dos.

En la sesion siguiente se discutió animadamente el modo con que se habian de verificar los poderes, queriendo los del tercer estado se escamasen las credenciales por los tres órdenes reunidos; y el clero y la nobleza, que cada orden escamasen los de sus miembros. El conde de Mirabeau, noble que no obteniendo prestigio entre sus iguales, se habia hecho elegir por el partido popular, era el corifeo del tercer estado. Diez dias duraron las negociaciones:

aun el rey invitó al clero y á la nobleza á ceder; pero continuando éstos reuentes, el estado llano precipitó la resolusion. El 3 de Junio se instaló por sí solo, nombró presidente á Bailly, literato distinguido, y llamó á los diputados de los tres órdenes indistintamente á presentar sus poderes ante los comisarios que habian nombrado. Algunos individuos del clero, cedieron primeramente, despues cedieron muchos mas, y el 17 de Junio, los diputados ya admitidos unidos al estado llano, tomaron el nombre de *asamblea nacional*.

Por el mismo decreto se estableció que los impuestos aunque ilegalmente establecidos, continuarian mientras durase la asamblea; pero que disuelta ésta por cualquiera motivo que fuese, solo serian obligatorios los que hubiesen sido acordados libremente por la nacion. La corte queria detener la carrera de la asamblea, y dando por motivo que iba á componerse el salon para una sesion á que debia asistir el rey el 23 de Junio, se mandó cerrar y guardar las puertas por fuerza armada. Cuando el presidente Bailly se presentó, protestó contra esta medida despótica, y despues de una corta deliberacion con los miembros que iban llegando, marchó con ellos al juego de pelota, único local que se juzgó suficiente para contenerlos á todos, y allí juraron que no se disolverian hasta haber dado una constitucion á la Francia; que si la asamblea era disuelta, se volverian á reunir sus miembros donde pudieran, y que donde quiera que lo verificasen se entenderia ser la asamblea nacional. Cada uno puso su firma á este juramento; y los aplausos de la multitud acompañaron á esta resolusion de la asamblea.

El 22, cerrado el juego de pelota por orden de los principes á quienes pertenecia, la reunion se verificó en la iglesia de San Luis, y 148 miembros del clero vinieron á presentar sus poderes y á tomar asiento, y fueron recibidos con trasportes de alegría y lágrimas de gratitud poco despues se unieron muchos miembros de la nobleza.

El 23 de Junio se presentó el rey con todo el esplendor de la monarquía. Pronunció su discurso, en que hizo grandes concesiones sobre los principales puntos controvertidos; pero apareció que pretendia mandar aún á la asamblea, y al concluir la lectura se ordenó á esta disolverse, y al dia siguiente reunirse cada orden por separado. Se observó entretanto que Necker no habia concurrido, lo que hizo creer que desaprobaba lo hecho por el rey. Cuando éste salió, el tercer estado permaneció en la sala, y al presentarse el maestro de ceremonias, á recordar la orden del rey, Mirabeau invitó á sus compañeros á no obedecer, sino recordando su juramento, y concluyó diciendo al maestro

de ceremonias: "Id á decir á vuestro señor, que estamos aquí por la potestad del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas." En seguida se hizo y se aprobó inmediatamente una proposición, declarando inviolables á los diputados, del modo mas estenso y terminante.

La nobleza persistía en su negativa de unirse, y su presidente, instado por el rey para ello, le representó todos los males que de la reunión deberían seguirse, y le protestó que estaba pronto con sus compañeros á sacrificarse; pero Luis le dijo que no permitía que persona alguna pereciese por él, y le mandó positivamente que se verificase la reunión; entonces la nobleza obedeció.

El regimiento de Guardias francesas habia dado algunas muestras de poca subordinación, y 300 de los soldados fueron arrestados por sus gefes: lograron sin embargo evadirse del arresto, y fueron recibidos por el pueblo con entusiasmo; mas los gefes redujeron de nuevo á prisión á algunos de los mas insubordinados, en la Abadía, que era una prision militar; una multitud de hombres del pueblo en tumulto, que pasaban de seis mil, se arrojaron á sacarlos, y lo consiguieron: los presos restituidos á la libertad, fueron ostentosamente obsequiados por sus libertadores; mas conservando aún algun respeto á la disciplina militar, temieron los resultados de este hecho, solicitaron que la asamblea impetrase del rey el perdón de su falta, y aunque la corte para conceder esta gracia, se la hizo pedir por el arzobispo de París, el honor y la gratitud reayó en la asamblea.

La corte, que reconocía su peligro, habia llamado ahora á las cercanías y á la misma ciudad, numerosos cuerpos de tropas, en quienes confiaba, y fué en vano una representación que para retirarlos le hizo la asamblea; Necker, que desaprobaba estas providencias, fué depuesto del ministerio y desterrado; mas la alarma crecía por momentos, y Camilo Desmoulins, después de aumentarla con una alocución, en que dijo al pueblo que aquellas tropas, que ya se habian portado con insolencia, estaban destinadas para asesinar á los ciudadanos, para una St. Bartolomé de los patriots, era su frase; lo invitó á tomar las armas, único medio de salud que restaba, según él. Entonces, tomando un ramo de un árbol le colocó en su sombrero, y la multitud al momento adornando los suyos con este nuevo símbolo de tumultuosa libertad, marchó por las calles, llevando en procesion los bustos de Necker y el duque de Orleans, cubiertos con un velo negro en señal de grandes desgracias; un regimiento que cargó á estos devotos de nueva especie, fué puesto en fuga bajo una lluvia de piedras; pero los drago-

nes del príncipe de Lambesc, rompieron á su vez la multitud y disolvieron el tumulto, no sin algunas desgracias y muertes. Camilo Desmoulins, recibió el título de primer apóstol de la libertad; asociado con Danton, gozó largo tiempo del favor popular, y murió en el cadalso sacrificado por la misma facción que habia armado.

El príncipe de Lambesc habia colocado un escuadron de sus dragones, frente al cuartel de los Guardias franceses, esperando contener á este regimiento que era sospechoso; pero los guardias forzaron el escuadron, y fueron á colocarse entre el pueblo y las tropas reales, á las que hicieron fuego cuando fueron cargados por ellas: éstas rehusaron continuar y volver al ataque, y así se verificó la defección del ejército. Al día siguiente, el pueblo forzó los arsenales y las tiendas de los armeros: las barreras, cerradas por orden del rey, fueron abiertas, y el cuartel de Inválidos tomado, y en él 20,000 fusiles y 20 cañones: en la casa del ayuntamiento se formó una comisión que organizó esta fuerza insurreccional; se mandaron forjar cincuenta mil lanzas, y levantar 48,000 hombres, y este fué el origen de la guardia nacional, que recibió grande auxilio con los guardias franceses.

En la mañana del 14 se extendió la noticia de que algunas tropas se acercaban, y que el cañon de la Bastilla estaba apuntado á la calle de San Antonio, y al momento se escuchó el grito: "¡á la Bastilla!" No habia en ella sino algunos inválidos, de los que unos querian rendirse y otros no; los primeros habian admitido á algunos de los sitiadores con quienes estaban en parlamento, cuando un tiro de fusil se oyó y comienza la matanza; la mayor parte de los inválidos fueron asesinados; el gobernador, que habia pedido ser llevado al ayuntamiento, fué muerto en el camino; en la misma casa del ayuntamiento lo fué el preoste de los mercaderes, y Bailly fué nombrado corregidor de París, y Lafayette comandante de la guardia nacional.

Habia un entusiasmo ardiente por inscribirse en esta milicia, y se adoptó la cucarda tricolor, por ser estos los colores del duque de Orleans. No solo en París, sino en los campos se armaron los ciudadanos, y la Francia entera fué militar; pero á la sombra de la defensa de la libertad, se armaron tambien bandas de ladrones y asesinos, que en nombre de la patria saqueaban é incendiaban los castillos de los nobles y privilegiados, y muchas veces mataban á los que los habitaban; y no faltó quien atribuyese á los mismos nobles todos estos sucesos.

La noticia de la toma de la Bastilla alarmó á la corte; pero la asamblea no pareció muy afectada. Cuando ésta supo el destierro de

Necker y la desgracia de sus amigos, declaró que todos ellos llevaban consigo la gratitud y el sentimiento de la nación; y mientras los disturbios de París, ella nombraba tranquilamente la comisión que debía ocuparse en la constitución. Entretanto se habia persuadido á Luis que cesarian los desórdenes, condescendiendo con que se retirasen las tropas, y el monarca se presentó sin fausto y casi solo en la asamblea, á la que anunció su resolución en un discurso paternal, en que se confiaba enteramente á la fidelidad de los representantes del pueblo. Esta se complació con entusiasmo en esta declaración; casi entera acompañó al rey á su vuelta á su habitación, y nombró una diputación para llevar la noticia á París, la que volvió manifestando el deseo de los ciudadanos, de que el rey fuese á la capital. A pesar de la oposición de la corte, Luis determinó hacer este viaje; pero su hermano el conde de Artois, objeto de aversión popular, determinó, y aun fué instado por el rey, á pasar á pais extranjero: muchas familias nobles le siguieron, y este fué el principio de la migración.

El rey volvió á París el 17 de Julio: sus guardias fueron detenidas en la barrera: pasaba Luis por entre filas de ciudadanos desordenadamente armados, que le formaban por intervalos vóveda, con fusiles, sables, y bayonetas atadas en la punta de un palo, y de donde partian algunos gritos de "viva el rey," y muchos mas de "viva la nación;" prometió volver á colocar á Necker y se presentó en un balcon con la escarapela nacional, y entonces el pueblo entusiasmado le saludó con los gritos de: "viva el rey."

Mientras que Necker volvía, el pueblo se arrojó á la casa de Faulon, que habia sido su sucesor, y concluyendo á este anciano octogenario, atados los brazos atrás, á la plaza, le ahorcó en un farol. Berthier, su yerno, intendente de París, sufrió la misma suerte, y el ayuntamiento no pudo ó no quiso impedir estos atentados. El 30 se presentó Necker como en triunfo, seguido por una multitud del pueblo, y en este momento de alegría obtuvo el perdón de Besenval, á quien se preparaba la misma suerte de los dos anteriores: la gracia, sin embargo fué revocada al día siguiente, y todo el prestigio de Necker no pudo obtener la libertad de Besenval, sino despues de un juicio bien aventurado.

Con Necker se formó un nuevo ministerio, en el que se comprendieron algunos miembros de la asamblea, que protestaron á ésta que nada harian que le fuese desagradable. En ella comenzó entonces la discusión de los derechos del hombre, que dió motivo al pueblo para cometer mayores desórdenes, no solo en París si-

no en las provincias: los campos se inundaban de sangre durante el día, y se iluminaban de noche con el incendio de los castillos; los impuestos no se pagaban, ó se hacia con restricciones y deducciones, que disminuían mucho su importe. Cuando estas noticias llegaron á la asamblea, se señaló una sesion para poner remedio á estos males, que se abrió el 4 de Agosto á las ocho de la noche.

Un diputado comenzó diciendo, que si era urgente dar al reino una constitución para su gloria y su felicidad, lo era aun mas, proteger la propiedad y la vida de los ciudadanos, y concluyó proponiendo, que se obligase á todos á pagar las prestaciones y derechos existentes. La discusión se acaloró y se prolongó hasta despues de la aurora: los privilegiados en su movimiento de generosidad renunciaron á todos sus derechos, y al fin quedaron abolidos todos los privilegios del clero y la nobleza, hasta los diezmos y los derechos peculiares de algunas provincias, quedando estinguído totalmente en aquella noche el régimen feudal y nivelados todos los franceses. Al día siguiente se cantó un Te-Deum en acción de gracias, y aunque algunos desearon despues volver atras, ya era tarde. El rey hizo algunas observaciones, mas para reglamentar ciertos puntos particulares, que para contradecir el decreto; pero al fin se vió obligado á darle su sancion.

Se discutía entre tanto con ardor si el rey debía tener el derecho del veto, es decir, de desaprobado las leyes aprobadas por la asamblea, ó si estaba obligado absolutamente á promulgarlas: esta discusión no se limitaba al interior de la asamblea, sino que en las reuniones populares se agitaba tambien, pintando los corifeos de ellas al pueblo, el veto como una prerrogativa en el rey que debería causar la destrucción de la libertad, y males interminables. Se decía que el rey por si mismo estaba inclinado á desprenderse de este derecho; pero que los cortesanos que le rodeaban en Versalles, le impedían hacerlo, y que por lo mismo era necesario traerle á París. La asamblea habia acordado por fin el veto suspensivo, es decir, el derecho en el rey de suspender la ley por dos legislaturas; mas éste aun no daba su sancion, así como tampoco la daba al primer capítulo de la constitucion, titulado: "Declaracion de los derechos del hombre;" cosas que tenian al pueblo muy alarmado.

Una circunstancia aumentó su alarma. El regimiento de Flandes llegó á Versailles, y era costumbre, que cuando un cuerpo llegaba á una plaza fuese obsequiado por los que estaban en ella; así el de las guardias del rey dió el 19 de Octubre un convite al de Flandes, al que fueron convidados todos los militares distingui-

dos de Versalles, incluso los de la guardia nacional: se presentaron en este festín los reyes y su hijo el príncipe, y muchas señoras de la corte, y los militares entusiasmados victorearon con calor al monarca, vertieron expresiones insultantes contra el populacho y la asamblea, que se suponían ser enemigos de aquel, y se dice que aun pisotearon la escarapela nacional, y enarbolaron la antigua. El estruendo era tal, que aun se alarmaron los de fuera, y se puso la guardia nacional sobre las armas.

La asamblea cercana á aquel lugar, continuaba la discusión aparentemente tranquila; pero había enviado emisarios á Paris, que refiriendo y aumentando lo que pasaba, persuadieron al pueblo de que los aristócratas trataban de llevarse al rey á la frontera, donde debía reunirse un ejército para venir á atacar la capital, y tratar como rebeldes á los ciudadanos y hacerlos morir de hambre, que ya se hacía fuertemente sentir; que el único remedio, si no querían perecer, era conducir al rey á la capital. Una mujer jóven tomando un tambor con él recorrió las calles, formando al fin una reunión de mujeres furiosas y de muchachos. Este tumulto se aumentaba, obligando á reunirse á ellas aun á las mujeres que saliendo á la calle por curiosidad ó por negocio, no pensaban en ejercer su patriotismo. Se apoderaron de un camarpano y tocaron á rebato, y entonces una multitud de hombres frenéticos de los que mas se habían distinguido en las anteriores conmociones, se unieron al grupo femenino. Violentaron las puertas del ayuntamiento para buscar armas, según decían; estuvieron á punto de incendiar la casa misma, y pidieron ir á Versalles á liberar al rey: tal era el grito de la multitud. La guardia nacional mandada por Lafayette vacilaba sobre lo que debía hacer; pidió órdenes al consejo de la ciudad, y éste se las dió de conducir, defender y dirigir á aquellas mugeres á Versalles.

De siete á ocho mil se pusieron en marcha, acompañadas además de la guardia por un populacho desenfrenado: por el camino se cantó, se gritó, se bebió con exceso y se cometieron desórdenes, para aliviar la fatiga de la marcha ya demasiado penosa, porque la lluvia caía constantemente. Llegado el tumulto á Versalles, se acogieron en la noche á las casas, á las iglesias, á la sala misma de la asamblea, donde hombres y mugeres ebrios, se entregaron al sueño sobre los bancos, despues de haber causado gran terror con sus vociferaciones. La llegada de Lafayette á la cabeza de la guardia nacional, dió esperanzas de orden, y él dió medidas para que el desorden fuese el menos posible. Pero al amanecer, abrumado de fatiga, fué á tomar algun reposo.

Era esta sin embargo la hora del peligro. Los primeros rayos del sol reunen á las mugeres, y algunos afirmaron reconocer entre ellas á varios diputados disfrazados, entre otros al conde de Mirabeau que las animaban y dirigían de lejos. Se presentó la multitud á las puertas del castillo donde habitaba Luis, y se rehusó abrirle; pero los hombres, que habían estimulado al incendio de la casa del ayuntamiento, lograron penetrar, é irritados por la resistencia asesinaron á los guardias del soberano, á la misma puerta de los aposentos del rey y de la reina. Esta, medio vestida, corrió al cuarto del rey: la matanza continuaba con un ruido espantoso, y se llamaba al general de la guardia de Paris: el rey hizo avisar á la asamblea del peligro en que se encontraba, ésta mandó una diputación á custodiarle, y al fin Lafayette se presentó con un destacamento de la guardia, que bastó para hacer evacuar el palacio á los amotinados, y arrancar á éstos algunos guardias, que iban á ser asesinados. Los diputados aconsejaron al rey que para calmar aquel tumulto diese francamente su sancion, al capítulo de los derechos del hombre: el rey lo hizo, y un momento de calma sucedió; pero de pronto nuevos gritos de: "el rey á Paris!" anunciaron la resolusion del pueblo.

Luis resistió y no convino sino con la condicion de llevar consigo á su esposa é hijos, y para manifestar su consentimiento se presenta en un balcón: entonces se le grita con entusiasmo: "Viva el rey; viva la reina; viva el delirio!" Los guardias se presentan en las ventanillas, rompen la escarapela negra y toman la nacional; bajan con ella, y las mugeres les ponen los gorros de los granaderos de la guardia nacional, y quedan en la mejor armonía con estos hombres á quienes pensaban asesinar un momento antes. Entonces todos marchan á Paris: á la vanguardia iba un grupo de hombres y mugeres las mas furiosas, que llevaban levantadas en las puntas de unas lanzas las cabezas de los guardias asesinados en el primer ímpetu. Bastante atras iban las carrozas de los reyes, rodeadas de guardias nacionales, diputadas, mugeres y granaderos; despues iban sin orden los soldados de los regimientos que estaban en Versalles, y cincuenta ó sesenta carros cargados de harina que se habían robado de algunos almacenes, y terminaba la comitiva el cuerpo de ejército dividido en compañías. El desorden era tal, que las mugeres iban sentadas sobre los cañones y á la grupa de la caballería; cantos con alusiones insultantes en especial á la reina, y gritos por todas partes, y los ramos verdes, adorno y símbolo de la libertad mezclados al brillo de las armas, algunas ensangrentadas, completaban un cuadro en que

cada uno podria ver, según su opinion, ó al rey padre del pueblo, en medio del delirio de una fiesta cívica, ó al príncipe destronado y llevado en triunfo en una orgía por sus súbditos rebeldes. Las mugeres decían en su language grotesco, cuando llegaron á Paris, que la hambre iba á cesar, porque traían "al panadero, á la panadera, y al panaderito."

Luis fué muy bien recibido en Paris, y la promesa que al fin hizo de permanecer allí, y la provision de bastimentos que sus providencias produjeron, le atrajeron á él el amor del pueblo, y á Paris la tranquilidad. Algunos diputados de la asamblea, atemorizados con los últimos sucesos, se retiraron de ella; pero la mayoría continuó y trasladó sus sesiones á Paris, donde continuó la constitucion que había condeado. El consejo de la ciudad representó á la asamblea que no podía conservarse el orden sin darle á él facultades extraordinarias, y la asamblea acordó la ley marcial, que prevénia que cuando hubiese alguna reunion sospechosa de pueblo, se pudiese en la casa del ayuntamiento una bandera encarnada, que debía servir de orden para que se retirasen los amotinados; que si no bastaba, se les presentaria un magistrado con la fuerza suficiente, y precedido por la misma bandera, y les prevendria por tres veces se dispersasen, amenazando usar de la fuerza; y que si entonces no obedecían, se les obligaria en efecto por ésta á disolverse. La asamblea ejecutó otra operacion importante, que fué dividir la Francia en 83 Departamentos, éstos en distritos, y éstos en cantones y municipalidades, suprimiendo todas las denominaciones antiguas, no dejando mas que ciudadanos franceses, y obligándolos á todos á inscribirse en el registro de su canton, lo que se llamó inscripcion cívica.

Los apuros del erario se aumentaban al paso que crecían los gastos, y se disminuía el monto de las contribuciones: los recursos estaban agotados, y se pensó en aprovecharse de los bienes del clero: esto escitó una gran discusion en la asamblea, y al fin eludiendo la cuestion de propiedad, se declaró que los bienes eclesiásticos quedaban á disposicion de la asamblea. La dificultad era convertir en dinero estos bienes, y para ello se crearon billetes ó cédulas, que daban al portador una asignacion sobre el valor de los bienes eclesiásticos que se fuesen vendiendo, y á estas cédulas se llamó asignados. Se pusieron en venta 80 millones de pesos de bienes eclesiásticos: los tenedores de asignados, que al fin bajaron mucho de su valor nominal, no tuvieron otro medio de aprovecharlos, que comprando con ellos cortos pedazos de bienes eclesiásticos ó de los nobles, que al fin se agregaron, confiscados á la

hipoteca, y esto creó una masa enorme de interesados pecuniaria y personalmente en el sosten de las medidas revolucionarias, que aumentaron el apoyo y popularidad de ellas.

Poco despues se dió un ejemplo del reinado de la igualdad, poniendo en juicio por conspiracion al marqués de Fabras, y al mismo hermano del rey: este se defendió de una manera popular, y logró escapar; pero el marqués, no obstante su buena defensa, fué condenado, y al notificársele la sentencia de muerte, que el pueblo frenético había solicitado con sus gritos, y que los magistrados habían pronunciado, cediendo á estos mas bien que á su propio convencimiento de la realidad del crimen, se le dijo: que su vida era un sacrificio que debía á la tranquilidad y á la libertad pública. Marchó con serenidad al suplicio: al subir la escala gritó al pueblo: "muero inocente." El verdugo esperando algo de la piedad del pueblo, le dijo que hablase mas alto: lo hizo protestando hasta tres veces su inocencia, y él mismo dió la señal de su ejecucion. El pueblo antes tan agitado, se retiró en triste silencio. Es verosímil que la asamblea solo quiso dar un ejemplar contra los que no la respetasen.

Bajo el pretexto de conocer el origen de los gastos, para reducirlos se pidió al rey el libro encarnado en que estaban consignadas todas las pensiones dadas no solo por Luis XVI, sino por muchos de sus antecesores. Luis creyendo que en su propio reinado nada había que reprender, entregó el libro, exigiendo que la inquisicion se limitase á su reinado, y no se tocara al de sus antecesores. Por desgracia la lista de los protegidos por éstos no era tan pura, y la asamblea publicó todo el registro como un documento contra el poder real y las disposiciones de la corte. Luis dió pasos de franqueza y buena armonía, se presentó solo é inesperado á la asamblea: hizo en ella protestas de amor al pueblo; pero todo finó en vano.

Existía entre España y Francia un pacto de familia por el que los enemigos de una corona debían ser reputados tales por ambas, y por lo mismo debían auxiliarse en la guerra: motivos de disgusto entre España é Inglaterra, hicieron á Luis equipar 14 navios para auxiliar, en cumplimiento del pacto, á la primera; pero esto produjo una acalorada discusion en la asamblea, sobre el derecho de hacer la guerra, y sobre no ser nacional el motivo; por fin se acordó, que el derecho de paz y guerra pertenecía á la nacion, y que la guerra no podía ser declarada sino por un decreto de la asamblea, á proposicion y con la sancion del rey.

La palabra *su magestad*, aplicada á éste, llamó la atencion de la asamblea, que en un rapto de entusiasmo por la igualdad, abolió todas

las distinciones y título de duque, conde ó marqués, y hasta el tratamiento de Monseñor, aplicado á los príncipes, siendo los nobles más distinguidos los que más ardientemente renunciaron sus títulos, y apoyaron la abolición. El clero, asalarido por la nación, le era gravoso, y se pensó en disminuir sus miembros y en distribuirlos y elegirlos del modo que pareció á la asamblea; este arreglo se llamó la constitución civil del clero, en la que no se había respetado ningún derecho preexistente, civil, ó eclesiástico, y muchos le trataban de herejía: el rey se tomó tiempo, y sujetó al papa esta pieza antes de sancionarla.

Se aproximaba el 14 de Julio, día del aniversario de la toma de la Bastilla, y los patriotas lo celebraron con una función digna del nacimiento de la libertad, en el mayor de los estados de Europa: se determinó hacer una confederación de todo el reino, en el campo de Marte: hombres, mujeres y niños corrían á trabajar en los preparativos de una función á que eran llamados todos los diputados, todos los cuerpos militares, y todos los guardias nacionales de Francia; el rey se presentó en su trono rodeado de todos los que, grandes en otro tiempo, no eran ahora más que ciudadanos. Sacerdotes con albas y cíngulos tricolores, cubrían los escalones del altar de la patria. En él el obispo de Autun celebró la misa, y bendijo la oriflama del ejército de línea, y las banderas de los 83 Departamentos. El rey pronunció desde su trono el juramento de observar y hacer observar las leyes, y gritos de aplauso respondieron á su voz. Lafayette en calidad de comandante general de la milicia parisiense, acompañado de un cuerpo de oficiales, partió del trono con la espada desnuda, la colocó sobre el altar, y todos juraron defender hasta con la última gota de su sangre aquella constitución que aun no estaba acabada. Las músicas, las banderas, las armas, el estruendo de los cañones, y los vivas de 300 mil personas, que estendian en señal de juramento y alianza sus manos hácia el trono, formaba un espectáculo magnífico, que causó celos á la asamblea.

Luis había protegido él mismo esta reunión, pensando amortiguar en ella los odios y restablecer la armonía; pero no fué así. La revolución continuaba: muchas personas encargadas de funciones judiciales, ó administrativas, las dejaron, no queriendo ni desagradar al pueblo ni servir á sus pasiones. Necker dió el ejemplo; hizo su dimisión, que fué recibida con frialdad por la asamblea, se le dieron pasaportes, los que no evitaron que fuese detenido por los habitantes amotinados de una aldea; y lo más que pudo obtener fué que le soltasen. El ministerio se mudó: se insinuó al monarca que de-

bia despedir su guardia, por haber incurrido en la indignación del pueblo por la orgía de Versailles: él la despidió con sentimientos místicos, y la guardia nacional, que la relevó, sirvió más bien para vigilar al monarca, que para conservar la magestad del trono.

Aunque el rey había rehusado sancionar la constitución civil del clero, sin el consentimiento de la autoridad eclesiástica, la asamblea le instaba para ello, y aun muchos de los defensores del clero cuando se había tratado de disponer de sus bienes, apoyaban ahora la constitución que convenía con sus ideas privadas religiosas: un levantamiento en la capital obtuvo por fin el asenso del monarca, y se escogió que todos los eclesiásticos jurasen individualmente sujetarse á la constitución: esto era contrario á sus opiniones religiosas, y un gran número resistieron á esta violencia: los que no juraron fueron llamados refractarios; los que juraron, juramentados; y los primeros no solo fueron privados de sus beneficios, sino presentados al odio público como enemigos de la patria: como los refractarios y su partido consideraban como herejes á los juramentados, se consideraban ellos mismos como violenta é ilegalmente despojados, y á sus sucesores como pastores intrusos: se puso en duda la misma administración y validez de los sacramentos; se desprestigió la religión, quedó ésta en lucha con la revolución, y esta fué una de las fuentes de la inmoralidad en aquella época, del pueblo francés, que no reconocía con certidumbre poder alguno humano ni divino.

Ese estado de convulsión hacía cada vez más peligrosa la mansión de los nobles en el reino, y la emigración continuó, á pesar de las leyes dadas para confiscar los bienes de los emigrados: algunos jóvenes nobles al salir de la ópera mandaban en voz alta á sus cocheros tomar el camino de las fronteras: las personas de la familia real fueron del número de los fugitivos, y mas de una vez el pueblo interrumpió violentamente su marcha; pero el mas comprometido era el rey: sus deseos de salir del estado en que estaba debían ser grandes: algunas tentativas que se hicieron para sacarlo de la corte no tuvieron efecto: en una ocasión, que previo aviso á la asamblea, pretendió salir á paseo al campo, fué detenido por la multitud, y la guardia nacional desobedeció al mismo Lafayette, cuando le mandó que dispase la multitud. En vano trató Luis de calmar los ánimos, aun á costa del sacrificio de su dignidad: cada día se aumentaba la fermentación, y el odio que se desencadenaba contra la reina, hacía temer aún por su vida.

Todo esto, y la persecución que Luis tenía para el momento en que le fuese presentada la constitución, que acaso no estaba dispuesto á

sancionar, le hicieron resolver á fugarse. En la noche del día 20 de Junio, salió furtivamente del palacio, llevando por la mano á su hijo el delfín: la reina conducía á su hijo, apenas adolescente: la hermana del rey y María T'ouresel, aya de los niños, eran tambien de la partida: debían reunirse en los baluartes, donde los esperaban las carrozas, y la reina, que seguida de un doméstico se había estraviado en las calles que no conocía, estuvo á pique de ser descubierta por Lafayette, cuyo coche encontró casualmente, y del que tuvo que ocultarse: por fin se reunieron, y el viage fué feliz hasta Varennes, donde un tal Drouet, hizo alto en el pasajero, por la semejanza que encontró entre él y el busto del rey, grabado en los asignados, el número de personas, y aun el mismo modo canto con que viajaban, le confirmó en la idea de ser Luis XVI y su familia.

No se atrevió á detenerlo; pero envió á su hijo á dar aviso á las ciudades por donde debían pasar los fugitivos: el hijo estraviando camino llegó llegar antes, embezarar un puente, y poner en conmoción las poblaciones: se tocó á rebato, se reunió la milicia nacional, y el rey fué sorprendido: este se hallaba de acuerdo con Bouillé, general realista, que mandó un destacamento á auxiliar al monarca; pero el destacamento mismo, sea que temiese ó no quisiese oponerse al pueblo, se unió con este. Bouillé vino despues con un regimiento enteramente realista sobre el que podía contar; pero cuando llegó, ya un ayudante de Lafayette, enviado al efecto, había hecho revolver al rey, y éste había salido para París algunas horas antes. Bouillé apenas pudo emigrar, para librarse de su mala posición. El hermano del rey logró escapar siguiendo otro camino, que se dice ser el que Bouillé había aconsejado al rey que siguiera como mas corto.

A la partida del rey, la asamblea publicó un manifiesto, contestando á otro que el rey al partir había hecho poner en sus manos; hizo colocar sobre su mesa el sello del estado, y declaró sus propios decretos ejecutivos, aunque destituidos de la sancion real, escogiendo de todos los miembros un nuevo juramento, en el que no se mentaba al rey. Todos los emblemas de la monarquía que existían en la capital fueron destruidos, y el espíritu público se inclinó á la república, y la alarma calmó cuando el rey fué preso. Se mandaron tres miembros de la asamblea á acompañar al rey, y algunos afirman, que tuvieron orden de hacerle aparecer ridículamente á la faz de la nación: lo cierto es, que los guardias de corps que lo habían acompañado en la fuga, venían atados delante de la carroza, y con al rey se le prohibió toda comunicación aun con su propia familia; que se

prohibieron todos los homenajes de respeto que se le quisieron tributar en el camino; y que llegado á París, las puertas de palacio se cerraron, y éste, guardado por los guardias nacionales, quedó convertido en una prisión.

Aunque despues de la llegada del rey se discutió en la asamblea, si la fuga era causa suficiente para deponerle del trono, la mayoría se lo acordó que el ejercicio del poder ejecutivo quedase suspenso en manos del rey, hasta que éste jurase la constitución: no agrado esta medida á muchos que deseaban deshacerse en aquella vez del monarca y aun de la monarquía, y escitaron una conmoción popular, por la que, cuatro ó cinco mil personas renmidas en el altar de la patria en el campo de Marte, negaban la obediencia al rey y aun á la asamblea. Bailly se presentó con la bandera encarnada, á ejecutar la ley marcial; pero no siendo obedecido, se vió precisado á usar de la fuerza, y á disolver con ella el tumulto, resultando algunos muertos.

La constitución se publicó al fin con la mayor solemnidad, y su juramento dió lugar á una fiesta en el campo de Marte, semejante á la de la federación: aquel día fué de alegría nacional, y de diversiones, y el rey y la familia real pasearon entre el pueblo, y fueron agasajados por él con la franqueza de la alegría. La asamblea constituyente se disolvió, y ocupó su lugar la legislativa, cuya entrada se habían prohibido los miembros de la constituyente.

La asamblea legislativa mandó á seis ancianos que trajesen la constitución: en medio de ellos la conducía el archivero colocada sobre su cabeza, y la puso sobre la tribuna. El presidente y cada uno de los miembros vinieron, llamados individualmente, á jurar, con la mano puesta sobre el libro, que la guardarían hasta el último instante de su vida. Algunos días despues decretó la asamblea, que cuando el rey se presentase en ella, el presidente ocuparía un sillón en la misma línea, y absolutamente igual al del monarca, y que abolido el tratamiento de magestad y el de señor, se llamaría á éste simplemente rey de los franceses.

No había encontrado la revolución, ni sus medidas violentas, igual docilidad en todos los franceses, y algunas provincias se habían armado para desobedecer: llamése esta guerra del Vendée, nombre de uno de los cantones insurreccionados. Su motivo principal eran las leyes relativas á la religión, y ni los sublevados fueron capaces de obtener triunfos decisivos, ni las tropas mandadas por la asamblea de sujetarlos: de aquí fué que la guerra prolongándose, devastó enteramente aquellas provincias. Entre tanto se proclamaba en París la libertad de cultos. Por este mismo tiempo se esforzaron por

la asamblea los decretos contra los emigrados, cuyas relaciones con los príncipes extranjeros alarmaban á la Francia; se mandaron confiscar sus propiedades, y aun se les impuso la pena de muerte, si no volvían dentro del término que se les señaló. Se mandó también que los eclesiásticos refractarios, prestasen dentro de muy corto término el juramento de obedecer la constitución civil, bajo la pena de privación de sus cortas pensiones, y de ser puestos bajo la vigilancia de la policía. El rey se negó á sancionar este decreto.

Entre tanto, en oposición al club de los jacobinos, se había formado otro para sostener las ideas de la monarquía moderada; pero éste fué tan perseguido, que al fin se disolvió: de la misma manera lo fueron todos los que escribían en favor de estas ideas, hasta el grado de que reuniones de un pueblo desenfundado se arrojaban á las imprentas de donde salían estos papeles, maltrataban á los trabajadores, destruían las máquinas, y quemaban las ediciones de los impresos: interin algunas tiendas se ostentaban llenas de caricaturas, muchas veces obscenas, en que se ridiculizaba á los sectarios moderados. Se desconocían tanto los principios de honor, que aun los símbolos de oprobio se adoptaban por los escaltados como una gala. Habándose insubordinado algunos regimientos, que al fin se redujeron á la obediencia, cuarenta y un suizos fueron condenados á galeras: la municipalidad de París pidió y obtuvo de la asamblea indulto para ellos, y volvieron en el traje de las galeras, llevando el gorro encarnado que se ponía á los forzados: desde entonces se adoptó éste como símbolo de persecución y de libertad, y aun fué peligroso no usarlo, pues en las conmociones populares se solía tratar á los que no lo tenían, como á enemigos de la libertad.

El ayuntamiento de París intrigaba con las reuniones de las secciones, para que éstas pudiesen tumultuosamente lo que se les había instigado por el consejo, y después éste transmitía á la asamblea las peticiones como el voto uniforme del pueblo de París: la solicitud era apoyada por otra reunión del populacho, que acudiendo á la asamblea la intimidaba y amenazaba, y hacía callar á los diputados de la oposición, y de este modo se arrancaban decretos, á los que por medios semejantes se procuraba la sanción del rey, y si este la negaba, se tenía un pretexto para nuevas violencias.

El embarzo que experimentó el comercio, ya por los asignados, ya por la sublevación de los negros en las colonias, fué causa de que algunos géneros, tales como la azúcar y el café, subiesen de precio; pero esto se pintó al pueblo como efecto de que los comerciantes trata-

ban de monopolizar estos efectos: no fué necesario mas, para que gran número de tiendas fuesen saqueadas, las leyes trataron de fijar un máximum al precio de ellos; pero como el precio fijado era tal, que no podían los negociantes vender sin pérdida, estos cerraron sus tiendas, y muchos destinaron sus capitales á otros géneros, por lo que temiendo la asamblea la falta total de aquellos géneros, revocó la ley del máximum.

Entretanto los pasos de los emigrados cerca de las cortes extranjeras, y los compromisos que estas habían contraído para auxiliarlas, cuyas disposiciones hostiles habían encendido á ponerse en práctica, alarmaron el espíritu marcial de los franceses, y un grito de guerra se difundió por todo el territorio. Los escaltados lograron intimidar á los ministros del rey, y al fin relevarlos, colocándose ellos mismos en el gabinete; y entonces obtuvieron la declaración de guerra á los soberanos aliados.

Entonces el ministro de la guerra sin consultar al rey, mandó que los Departamentos enviasen su contingente de tropas, para formar en las cercanías de París un campo de 20,000 hombres: el monarca, que creía que tales tropas estarían siempre dispuestas á la rebelión, no solo prohibió la formación del campo, sino que destituyó al ministro y á sus compañeros, y nombró nuevo ministerio. La asamblea lanzó decretos contra los emigrados y clérigos refractarios, el rey les opuso el veto, y esto fué pretexto de una insurrección.

Un populacho desenfundado, armado de picas y hachas, y con una multitud de mujeres de las mas abyectas, llevando doce cañones, marchó á las Tullerías lanzando gritos y alulidos. El destacamento de la guardia nacional se preparaba á alguna resistencia; pero los sublevados subieron á brazo un cañon, y lo apuntaron á la puerta del cuarto del rey. Luis hizo abrir aquella puerta, se colocó en el hueco de un balcón donde se libraba de que le atropellasen en el sentido literal de la palabra, y el pueblo desfiló á su presencia durante tres horas. Se le pidió con audacia una sancion, que rehusó con afabilidad. "Antes renunciar á la corona, respondió, que participar en semejante tiranía de las conciencias." Su firmeza y su dulzura impusieron á los amotinados, y comenzó á calmarlos, aceptando un vaso de vino que se le ofreció. "Está envenenado, le dijo uno de los mas cercanos." "Bien, moriré sin haber sancionado." "No se quiso mas que espantar á V. M., replicó un granadero." "Toca mi corazón, respondió el rey, y mira si está tranquilo; está uno en calma cuando cumple con su deber." Los amotinados se acabaron de calmar, cuando el rey se puso el gorro encarnado que le presen-

taron, y empezaron á retirarse casi arrepentidos.

El estado de los negocios se presentó entonces poco favorable á los escaltados. Luis XVI dió una proclama diciendo, que jamas la violencia le arrancaría la sancion de leyes contrarias á su conciencia y á la utilidad pública: 20,000 habitantes de París, forman una petición del castigo de los atentados cometidos en el palacio del rey, y son secundados por los Departamentos, y Lafayette se presentó en la barra de la asamblea, pidiendo lo mismo á nombre de sus tropas. Aunque algunos acusaron á este general, fué absuelto por la mayoría, y la guardia nacional llegó á proponerle que se pusiese á su cabeza para destruir el club de los jacobinos, foco de todas las conmociones: se ignora el motivo que le hizo rehusar esta proposición.

Los jacobinos por su parte no estuvieron ociosos: ya con impresos, ya con discursos, clamaban que la patria estaba en peligro, y hacían participar de esta opinion al rey y á la asamblea: en violentas peroraciones se atribuía al rey la culpa de todas las desgracias de la nacion, incluso y muy principalmente, las derrotas que sufrían por los aliados las tropas francesas. El obispo constitucional de Lyon logró ahogar la discordia por un momento, y hacer abrazarse á los contrarios; pero los odios revivieron pronto con nuevo furor.

Se hacían casi públicamente preparativos para una nueva tentativa contra el rey, los que este no ignoraba: de todas partes solicitaba pareceres, aun de la misma asamblea, y aunque algunos se le dieron en diversos sentidos, el monarca vacilante ninguno abrazaba. Lafayette le ofreció conducirlo al ejército; pero Luis lo rehusó. En el Mediodía de la Francia se habían formado reuniones de hombres acostumbrados al robo y al asesinato, bajo el nombre de marselleses, por ser Marsella el centro de su poder. Los gefes de los anti-realistas llamaron estas bandas á París, donde fueron muy bien recibidas, y al día siguiente de su llegada pasearon las calles llevando escrito en una bandera: "Abajo el tirano," y en otra: "La sancion ó la muerte." Uno de ellos llevaba por estandarte el corazón de un toro desfilando sangre, en la punta de una lanza. Desfilaron por delante de la barra de la asamblea, acompañados de gran multitud del populacho, y el corregidor Petion se presentó en seguida á pedir de parte de las sesiones de París, la deposición del rey. Tal petición no fué desechada ni acordada, y los jacobinos determinaron entonces asaltar el palacio, dando por pretexto que el rey pretendía huirse otra vez.

El asalto se verificó, y el rey se había preparado á resistirlo, contando por únicas fuerzas

con 1,800 guardias nacionales, 900 suizos, y 300 nobles mal armados, que se habían reunido en el momento del peligro, y á quienes el monarca no trataba con franqueza, temiendo causar celos á la guardia nacional. A las cinco de la mañana de este día (10 de Agosto de 1792), el rey pasó revista á sus tropas, las que colocó en sus puestos, y fué saludado con algunas aclamaciones por ellas. A las ocho llegaron los primeros marselleses, que fueron rechazados por la primera guardia que pretendieron forzar, y tal vez se habría desbaratado el tumulto, si entonces se hubiera obrado con vigor. Pero aunque el comandante general Mandat, tenía órden para ello firmada por Petion, sabiendo en aquel instante que se había mudado el ayuntamiento, ocurrió lo nuevo á pedir órdenes, y fué asesinado en la escalera de la casa consistorial.

La guardia nacional sin jefe deja pasar á la multitud que se decía de simples peticionarios, y los defensores del palacio desconcertados no saben qué partido tomar. Se hallaba en el é sindicó del Departamento, quien dijo que la mayoría de la guardia nacional estaba por los sublevados, y que el mejor partido era, que el rey con su familia se refugiase al seno de la asamblea. Luis se inclinaba á ello; pero la reina le dijo: "¿que mas bien se haría clavar á las paredes del palacio, que salir de él. Vamos, señor, añádió presentándole al rey una pistola, este es el momento de portarse." El rey guardó silencio: el síndico dijo á la reina: "¿Queréis pues, señora, haceros responsable de la muerte del rey, de la del príncipe, de la princesa, y de la vuestra misma? ¿Queréis ver perecer á todos los que amáis?" La reina calló y acompañó á toda la Francia real á la asamblea: la nobleza quería acompañar al rey; pero el síndico demostró la imprudencia de este paso, y los mismos reyes obligaron á los nobles á quedarse.

Entonces desertaron del palacio los guardias nacionales y los nobles, y los suizos se preparaban á hacer lo mismo; pero los marselleses asesinaron á cinco, á quienes habían llamado pacíficamente, y tiraron á los suizos un pistoletazo: entonces éstos hicieron fuego por las ventanas, y pusieron en fuga á la multitud, con gran mortandad de esta, y se apoderaron de los cañones de los marselleses. La alarma llegó á la asamblea, y muchos miembros rodearon al rey, suplicándole mandase á los suizos suspender el fuego. Luis dió la órden, los suizos se retiraron al palacio donde se atrincheraron; pero los sublevados animados con la seguridad que les daba la órden, volvieron á la carga, asaltaron y tomaron el palacio, que saquearon, y por varias partes incendiaron; y los suizos en su mayor parte fueron muertos, llevando el po-

dos papeles, que se creyeron propios para probar el desafecto del rey á la constitucion, y sus planes ya con los miembros mismos de las asambleas, entre ellos el conde de Mirabeau, ya con los emigrados y gabinetes extranjeros, para restituir el antiguo régimen.

Los cargos contra Luis fueron muchos; pero los principales se reducian á que hacia traicion á la nacion y á la libertad, protegiendo y proyectando la destruccion del gobierno revolucionario. Mas la primera cuestion fué ¿si Luis podia legalmente ser puesto en juicio? La comision abrió dictámen por la afirmativa, sosteniendo que la inviolabilidad concedida por la constitucion al rey, era solo para cuando obra en calidad de tal, por medio de sus ministros; pero que cuando obraba como particular, era personalmente responsable, y en este caso estaba en los delitos por que ahora se le acusaba. El debate se sostuvo con vigor: los partidarios del rey sostenian que de ningun modo debia ser responsable, y sus mas escaltados enemigos decian que no debia ser juzgado, sino aniquilado sin juicio, como enemigo á quien se destruía y no se condenaba. Al fin se adoptó el término medio, que fué sujetarlo al juicio de la asamblea.

Se llamó á Luis á la barra para sufrir un interrogatorio: se presentó con firmeza y modestia, y aunque no estaba instruido con anterioridad, de los cargos que se le iban á hacer, respondió á ellos con claridad y discernimiento, sobre todo con mucha calma y sangre fria. Pidió que se le permitiese nombrar defensores, y aunque despues de alguna contradiccion se le concedió, nombró entonces á Tronchet y Target, miembros que fueron de la asamblea constituyente. Solo el primero aceptó: Malesherbes se ofreció espontaneamente á defender al monarca. "Fui honrado con su favor, dijo, durante su prosperidad; no debo abandonarle en su infortunio." La convencion le aceptó, y algunos dias despues se agregó á los abogados del rey Desese, jóven de grande capacidad.

El 26 de Diciembre se oyó la defensa del rey. Desese agotó su elocuencia: cuando concluyó, el mismo Luis tomó la palabra: "Os declaro, dijo, que mi conciencia no me reprocha nada y que mis defensores han dicho la verdad." Refutó despues enérgicamente el cargo de haber hecho derramar la sangre al pueblo, á quien protestó su constante amor. La asamblea se habia conmovido, y aun se propuso suspender el juicio; pero los escaltados usaron de todos los medios posibles, y lograron que se procediese adelante hasta sentencia definitiva. Entonces un diputado propuso que se apelase al pueblo; aunque despues de grande lucha se puso á dis-

cusion esta proposicion, no produjo efecto favorable. El 7 de Enero quedaron cerradas todas las discusiones: la España interpuso su mediacion con la asamblea para salvar á Luis; pero no se le hizo aprecio. Una negociacion con la Prusia y la Austria fué igualmente infructuosa.

El 15 comenzó la convencion á votar sobre la série de cuestiones que habia discutido. 19 Luis Capeto es criminal? Se resolvió por la afirmativa absoluta, por 693 votos; 8 se habian declarado incompetentes, y 18 votaron con restriccion; ni uno afirmó la inocencia del monarca. 24 Cuestion: ¿Habrà apelacion al pueblo? Se resolvió por la negativa por 424 votos. 25 Cuestion: ¿Qué pena debe imponerse? Despues de una sesion de 36 horas, y un tumulto furioso en el seno mismo de la convencion, se decretó la de muerte por una mayoría de solos 5 votos. Aunque se solicitó que se demorase la ejecucion, se determinó que se verificase dentro de 24 horas, y el decreto de la convencion pasó en estos términos: "La convencion nacional declara á Luis Capeto, último rey de los franceses, reo de conspiracion contra la libertad de la nacion, y de atentados contra la seguridad general del estado: decreta que Luis Capeto sufrirá la pena de muerte, y declara nulo el acto presentado por sus defensores calificado con el nombre de apelacion á la nacion del juicio dado contra él por la convencion"....

Cuando se notificó á Luis la sentencia pidió una dilacion de tres dias, y permiso para ver á su familia y escoger un confesor: lo primero se le negó, y las otras dos cosas se le concedieron: la entrevista con su familia fué tierna como correspondia á la circunstancia: cuando ella se retiró el rey quedó entregado á la religion, y recibiendo del confesor los auxilios espirituales. A las nueve del dia siguiente, el general Santerre se presentó á conducir á Luis al cadalso. "¿Venís á llevarme!" le preguntó el rey: "Sí, contestó secamente el general.—Todo está consumado, dijo Luis á su confesor; dadme vuestra bendiccion;" mas el confesor insistió en acompañarle al patibulo. El monarca encargó entonces su testamento á uno de los que le habian de acompañar, para que lo entregase á la reina; pero habiendo rehusado á ello, otro aceptó el encargo.

El rey fué puesto en un coche de alquiler, con dos gendarmes al frente, y un confesor al lado: éste abrió su breviario, é hizo á Luis fijar en él la vista. Al bajar del coche al pie del cadalso en la plaza de Luis XV, le ataron los brazos, y aunque el rey se sorprendió, el confesor le dijo: "este es un rasgo mas de semejanza entre V. M. y el Dios que va á ser su recompensa." Entonces Luis subió con paso fir-

me al cadalso; quiso hablar á la multitud y dijo: "Franceses, muero inocente de todos los crímenes que se me imputan; perdono á mis enemigos, y pido á Dios que les perdone: desee que mi muerte".... Santerre para cortar la palabra á Luis, mandó tocar un redoble general de los tambores. Entonces él se entregó á los verdugos: el confesor le dirigió la palabra diciéndole: "Hijo de San Luis, subid al cielo," y la cabeza del monarca cayó.

EL CAFE.

DIALOGOS EN EL PROGRESO.

PEPITO MELINDRE: ROQUE TORONJA.

Roque.—Pues yo no quiero hermosura, Aunque sea noble y rara, Que me presente en la cara Un estuche de pintura.

Que aunque me quiera de balde, Borre todo mi embeleso Quedarme sabiendo un beso A desabrido albayalde.

Que si su amor me da risa, Se eche en mis brazos perpleja, Y tal vez deje una ceja Estampada en mi camisa.

Pepito.—¿Y negarás que es de tono Esa pálida megilla Radiante, de cascarrilla?

Roque.—No, por Dios; no te perdono, Pepito.—¿En su desdoro hay quien crca Que su blanco no enamora?

Roque.—No digo que se desdora, Sino que se desblanquea.

Pepito.—¿Qué cosa mas celestial Viendo en las cuatro estaciones, En gozos, en aficciones A la dama siempre igual?

¿Hay un pesar! la mirada Puede mostrarse llorosa; Mas la faz siempre de rosa, Y la boca nacarada.

¿Se quiere un rostro divino! ¿Se quiere tez soberana? Una peseta.—á Gabino Cascarrilla de la Habana.

Y se tiene la ventura, Sin que el tiempo la derrote, De que posea en un bote Sus hechizos la hermosura.

Componiendo su semblante, Con el delirio de amante; Con el genio de pintor.

¿Está marchito el semblante? No hay cosa mas fácil, Roque: Venga el pincel, un toque, Y se presenta brillante.

Roque.—¿Y cómo un amor se fragua Con ese doble sentido! ¿Quién quiere siendo marido Ese amor sin prueba de agua?

Ese amor convencional, Ese amor de transacion Amor sin constitucion, Fugitivo, accidental.

¿Y con qué cara te mira En el conyugal retrete, Cuando del vil colorette Se destruya la mentira?

Al público la careta, Que tiene encanico divino, ¿Y el marido un pergamino Desde el toque de retirada!

En el tocador pintura, Esponja, objetos curiosos, Mas que aposento de esposos, Será taller de escultura.

Pepito.—Estás maligno esta vez; No conoces la ventaja De una dama que rebaja El horror de la vejez.

Que á la vil naturaleza Cubre con hermoso manto, Y que eterniza el encanto De la angélica belleza.

Si hambre fiera la maltrata, No hay quien lo sepa, en paseo No clama: no hay prorateo Una cara de escarlata.

Se tiene una pena oculta, ¿Qué haces? á tu dama pintas, Y entre las variadas tintas, Cauto al dolor se sepulta.

¿Oh! si en asuntos mayores Tal uso fuera aprobado, No hubiera un hombre de estado Sin su caja de colores.

Y todo cayera en gracia, Y no hubiera asuntos serios, Ni reclamos, ni misterios, En la astuta diplomacia.

Roque.—¿Se dará preocupacion!... Y cómo das de barato, Ver de tu dama un retrato En cada sucio almohadon!

Dormir con una cristiana De esas que tu labio encomita, ¿Y hallarse con una momia, Con la luz de la mañana?

¿Mirar con ansia cruel A nuestras prendas queridas, Con paredes llovidas Cuando está ocioso el pincel!

Si suda, se clama al cielo, No esa cara macarrónica

Se quede nueva Verónica
Estampada en el pañuelo.

La congoja será inmensa:
Cada vez que se comprima;
Es cuento que se reimprima
Con burla que causa ofensa.

Pepito.—Yo una vez me quedé frío
Cuando me dijo sincera,
Mira mis restos, bien mio . . .
Los lleva la lavandera.

Roque.—Ja, ja.

Pepito.—¿Te burlas!

Roque.— No tal,

Yo respeto tu pasión,
Y yo soy esc animal
Que detesto la ilusión.

Me gusta fresca y lozana,
Ver espuesta al sol y al aire,
La belleza y el donaire
De mi rolliza pobлана.

Alegre, rechoncha, franca,
Sin hipócritas resabios,
Tiene de carmin los labios
Y la dentadura blanca.

No hay miedo que la onda pura
Su mejilla descolore,
No hay miedo que cuando lllore
Se amortigue su blancura.

No hay miedo que se destaña
Con un beso: dále ciento,
Y no habrá el menor descuento
En el rostro de la niña.

Hazle un cariño cabal
Como su rendido amante,
No quedará su semblante
Con un déficit de cal.

En fin, Pepillo, sé cuerdo:

Pepito.—¿Qué charlat eres un demonio!

Roque.—Yo en el santo matrimonio

Quiero ver con la que pierdo.
Y que de día ó de noche
Siempre de dudas me saque,
Y no dure lo que el maque
Ella, cual si fuera coche.

Te casas, luce otro sol,
Y ves con la luz del día,
Que es un sayon, una harpía,
Tu querida de charol.

Pepito.—Eres inicivil:

Roque.— Amen.

Mas yo no busco mi dafío,
Quien en la fuz tiene engaño,
En el corazon tambien.

Pepito.—Habrá elbayaide y estueca;
Pero habrá buen tono y moda.

Roque.—Pues pecho al agua, y la boda,
Ligera como un trabuco.
Y entre las donas envía
Un corazon de oropel.

Una paleta, un pincel

Y . . .

Pepito.—Abur chico.

Roque.— Hasta otro día. FIDEL.

**Algunas noticias sobre la ciudad de Pázcuaru,
en el Departamento de Michoacan.**

La ciudad de Pázcuaru es de las mas antiguas y principales de este reino, á quien la Cesárea y católica magestad del Sr. emperador D. Carlos V, concedió por su real cédula (su data en Palencia á 28 de Septiembre de 1534, título de ciudad de Michoacan, con todos los honores, títulos y prerogativas de tal, y la misma Cesárea magestad le amplió sus honras con escudo y blason de armas en 21 de Julio de 1563, y el que haya en dicho escudo una laguna de su color con una iglesia sobre un Peñon que es la advocacion de S. Pedro y S. Pablo, cerca de dicha laguna ó iglesia, la iglesia catedral, y dentro de dicha laguna otros tres peñascos.

Y habiéndose dividido esta Nueva España en cuatro provincias por real cédula de S. M. del citado año de 1534, una de ellas y la primera en órden fué Michoacan, de cuya ciudad capital toda la provincia se denominó así, que era muy dilatada y se extendía á Jalisco ó Nueva Galicia, Durango ó Nueva Vizcaya, y otras provincias en que despues se subdividió, y para fundar y situar la iglesia catedral de Michoacan se libró real cédula en 20 de Septiembre de 1537, de comision al Escmo. Sr. virey D. Antonio Mendoza, para que juntamente con el Illmo. Sr. D. Vasco de Quiroga, oidor que fué de esta real audiencia, su reformador y visitador que fué de dicha provincia de Michoacan, su obispo posteriormente, cuyo cargo supo desempeñar magnánimo y digno de renombre hasta su fallecimiento en Marzo de 1565, á los noventa y cinco años de su edad.

No obstante lo espuesto, que manifiesta las rápidas mejoras que recibia Pázcuaru, se intentó la traslacion de dicha ciudad, á la de Valladolid, y apesar de los obstáculos que al principio se opusieron, el Sr. obispo D. Juan de Medina y Rincon, de hecho se trasladó á Valladolid, por los años de 1580 á 82 en union del venerable cabildo.

Segun espresan los papeles que tenemos á la vista, Pázcuaru tomó su nombre de la abundancia de pescado de la laguna, que existe á las inmediaciones de dicha ciudad.

Esta en la época de la conquista estaba bajo el mando del gran Calzonzin, que juró obediencia á Cortés y despues de haber recibido en el bautismo el nombre de Francisco, y el apellido de Tanjagua de Vezimengari, protegió las misiones entre sus súbditos, que se calculaban en número de 250.000. [Papeles antiguos].

UNA PASION.

¿Qué es la vida? Una guerra,
una guerra eterna con la desgracia.
YOUNG.

I.

LA AURORA.

L'aurore s'allume, L'ombre epaisse filé; Le tiers est la bruno; Vont où va la nuit;	Fanglores et roses D'ouvrent dans l'obscur; Du réveil des choses On entend se bruis.
--	---

V. Hugo.

El 24 de Diciembre de 1839 se anunciaba en México una aurora refulgente, acaso como en ninguna otra ciudad: el cielo diáfano, y la atmósfera mas pura, permitian distinguir los espesos montes que circundan á la gran Tehoxtitlan: las nevadas cimas del Popocatepetl y del Ixtaccihuatl, aparecian coronadas de púrpura. La astuteza con su pompa magestuosa, ostentaba himnos sublimes en celebridad del nacimiento del Hombre Dios. ¡Dia eternamente grato al género humano! De todos los templos se percibia el sonido del alba; sonido de oracion y de placer.

México presenta en este dia un espectáculo de regocijo universal, cuyas dulces sensaciones no se pueden espresar, sin haberlas antes experimentado con detenida contemplacion.

Las pizzas del Volador y parte de la de Armas parecen un vasto jardin: la simétrica colocacion de las mas esquisitas legumbres y ricas frutas, así como las de un sinnúmero de flores, deleitan la vista. Los portales, adornados de los mas variados objetos de cera, en cuya elaboracion los mexicanos no tienen rivales, y los puestos de dulces, engañan á cuantos transitan ó vienen á surtirse para la Noche Buena. Un mismo deseo anima al poderoso capitalista y al humilde artesano: la provision de la mesa y adorno del nacimiento, es el gusto favorito. Mas no es esto solo lo que ocupa la atencion de los habitantes: la *Calenda* (*) participa tambien de aquella, y la asistencia á la funcion es una de las distribuciones de este dia de goce.

La multitud se dirige al Sagrario: solo un jóven permanece aislado, victima de la mas negra melancolia. Ha oido tocar en la puerta, y quien llega es su amigo Martín, compañero en el colegio y dueño de sus secretos.

—Diego, le dice, ¿por qué estás tan triste!

(*) Funcion espléndida con que el Sr. Lic. D. Basilio Guerra, solemnizaba el 24 de Diciembre.
Tomo iv.—xiv 3



Lito: callejon de S. Clara

¿por qué siempre misántropo y entregado á la soledad! Vengo por tí, para que me acompañes y te distraigas: no te niegues al desco de tu amigo.

—¿Pero á dónde me llevas!

—A la Calenda.

—¿Y qué voy á hacer allí! Sabes que estoy mejor lejos del bullicio.

—Pero hoy habrá una excepcion á mi favor: vamos, te lo esijoj pues tengo un presentimiento de que desechará esas ideas tétricas, que te tienen en este estado.

—Condesciendo; mas no creas que me distraiga.

Los dos amigos se encaminaron al Sagrario.

II.

LA CALENDIA.

Los ojos levanta al cielo,
Luego en el suelo los mira,
Y en su semblante reflejan
Las llamas de los altares.
Pesado.

El mas brillante concurso se hallaba en la iglesia: cuanto posee México de notable estaba allí remido. Las melodiosas voces de los jóvenes de ambos sexos unidas á las de los instrumentos, resonaban en las bóvedas del templo. Aquellos cánticos sagrados arrobaban á los asistentes, en quienes se retrataba un júbilo santo, mezclado de entusiasmo y de piedad.

Solo Diego estaba indiferente: los dulces acordes de la música le atormentaban mas. Un presentimiento funesto de aquellos que asaltan el alma á toda hora, y que la agujan en todas partes, tenia á Diego en continuo sobresalto; la infidelidad de su amante, y la inconsciencia de algunos amigos, hacian que estuviese siempre triste y desolado, con el mas agudo pesar; entregado á su dolor meditaba en sí mismo, cuando ve hacia un lado y percibe entre otras, una hermosa jóven: la luz de un cirio inmediato resplandecía en su semblante, que no disputa á la nieve su color; pero las rosas parecerán marchitadas al lado de sus mejillas, y los ojos de la guaca quedarían eclipsados al brillo de los suyos, sombreados por una pestaña negra que dá un realce angelical á sus delicadas facciones. Su cuerpo y formas están